I.
Nicholas

"Yo, yo estaba en la cumbre de mi poder..."
—Giant Sand

1

Déjame que te cuente por qué quería comprarme un suricato en el Circo de Shangai de Quin. Déjame que te cuente cosas de la ciudad: *La ciudad es áspera, la ciudad es un cliché realizado con cartón y colores chispeantes para disfrazar el centro vacío, el agujero.*

(Eso es mío, *las palabras*. Mi especialidad son las holografías, pero allá de Pascuas a Ramos, hago algún chistecito fácil en papel).

Déjame que te cuente lo que significa la ciudad para mí, para que entiendas lo del suricato, porque es importante. Muy importante. Hace una década, cuando gobernaban los planificadores sociales, la llamábamos Dayton Central. Luego, cuando el gobierno central se asfixió y la policía fue a su bola, empezamos a llamarla Veni*ss*, como el siseo de una víbora, mortal e impredecible. El Arte estaba Muerto aquí hasta Veni*ss*. El Arte antes de Veni*ss* no era más que lo del Agujero

de una Puta, mimos callejeros con flexicaras y medios de comunicación insípidos.

Eso fue lo que las Revoluciones Sociales significaron para mí, no todos esos disturbios rojillos, las vigas retorcidas, los florecientes mercados libres y los carteles de cien metros de altura que brotaban en cada esquina. No los basureros, ni los trastos en el océano, no los golpes secretos, ni siquiera el olor de las drogas glandulares, rancio pero penetrante. No, Veniss puso fin al Arte Viejo, me hizo soñar con el cojoéxito, con mi omnipresente, omnitodo holovisión.

Casi me puso fin a *mí* también un día, ya que en ausencia de los elementos vigilantes de la sociedad (salvo los alquilados) dos maliciosos ladrones (no, llamadlos por su nombre, Robapollas), bueno, pues estos dos robapollas me robaron toda la cerámica del viejo estilo, las holoesculturas del nuevo estilo y, después de aporrearme la cabeza con una fuerza que me abrió los sesos por todo el suelo, se abrieron ellos también. Hasta mi amigo Shadrach Begolem se preocupó cuando me encontró. (Un meditabundo, mi amigo Begolem: no parpadea; no tiene espasmos; ni siquiera tics. Todo en él es economía de movimientos, de energía, de tiempo. Vaya que sí, todo lo contrario a mí). Pero conseguimos sacar a un autodoc de su húmedo sopor y me remendó. (¡Tío, eso sí que dolió!).

Después, me quedé sentado y solo en mi apartamento/estudio, llorando mientras veía novowesterns en un holograma que me prestó Shadrach. ¡Tanto trabajo desaparecido! Los rostros de la ciudad, las escenas de la ciudad, que se habían abierto camino desde mi mente al holograma, todo perdido para siempre; ni

siquiera se habían expuesto en una galería, ni hubieran tenido muchas probabilidades tampoco. ¡Veni*ss*, ja! La víbora sin colmillos. La serpiente que se alejaba deslizándose. ¿Cuándo le importaron a nadie los verdaderos artistas hasta que se murieron? Y yo estaba tan cerca de la Muerte como lo había estado cualquier Artista Vivo. No tenía existencias. Todo mi dinero se había largado, ratas de plástico que abandonan un barco de papel. Estaba tan Muerto como las IAs que habían asesinado para restaurar el Orden, todos esos Sueños Artísticos que tantos artríticos hacen parpadear en una pantalla holográfica. (¿No llevarás un vasito de agua encima, por casualidad? ¿O una pastillita o dos?)

Creo que siempre tuve Sueños Artísticos.

Cuando éramos pequeños, mi hermana gemela Nicola y yo inventábamos unas criaturas de tela que llamábamos espinos fríos y, para equilibrar la ecuación, unos cuantos peluches calentitos. Durante todos aquellos veranos férvidos de anillos de ozono, conservación del agua y metal cocido, nosotros nos quedábamos en casa con nuestro mundo de ensueño de bordes afilados y curvas blandas y difusas, aplacando la sed de llanuras y selvas en los monitores de video.

A los dos nos iba el Arte Vivo por aquel entonces, el arte que puedes tocar y apretujar y abrazar, no esas cosas muertas garabateadas en una pantalla plana. Pseudomamá y Pseudopapá pensaban que no estábamos bien de la cabeza, pero no importaba, porque siempre hacíamos nuestras tareas y porque más tarde

averiguamos que no eran nuestros verdaderos padres. Además, nosotros teníamos principios, integridad, de verdad. Sabíamos quiénes eran los malos y quiénes eran los buenos. Al final siempre ganaban los peluches calentitos.

Más tarde nos pasamos a la arcilla genética, niños dioses que creaban criaturas que se movían, respiraban, que exigían atención con maullidos y gimoteos. Criaturas que podíamos destruir cuando nos venía bien. Tampoco es que vivieran demasiado.

Mi hermana se alejó del Arte Vivo cuando se hizo mayor, igual que se alejó de mí. Ahora programa el mercado libre.

Así que, ya que estaba claro que Shadrach no se iba a mudar conmigo para protegerme a mí y a mi arte de los espinos fríos de la destrucción —quiero decir que no podía hacerlo solo; tenía esa horrible visión en la que sacrificaba mi cerámica, se la tiraba a futuros Robapollas porque los hologramas no hacían ningún daño de *naturaleza física* (lo que me hacía pensar, oye, pues igual todo esto de los hologramas también es Arte Muerto, si no choca contra el mundo cuando lo tiras), ya que eso era una Idea Muerta—, estaba decidido a bajar al Circo de Shangai de Quin (lo que quiera que fuese) y "agenciarme un suricato" como dicen esos falsos novovaqueros. Un suricato para mí, diría, tan alto como pueda. Que sea doble. En una jaula sucia de cristal. (Oh, si es que me partiría si no lo hubieran hecho ya los Robapollas. Unos robapollas muy, muy astutos).

●

Pero supongo que te estarás preguntando cómo es que un Artista Vivo como yo (un artista flaco, relativamente desconocido y solo) podía tirar de algunos hilos y casi arrancar las cadenas que te consiguen una audiencia con el misterioso Quin.

Bueno, admito que tengo contactos. Admito que tengo a Shadrach. Admito que busqué a Shadrach por el Distrito del Canal.

Distrito del Canal-Shadrach. Van juntos, como *Volodya* y *Sirin*, como Ozzie y Elliot, Romeo y Juliard. Lo más seguro es que ahora mismo puedas encontrar a Shadrach allí, aunque yo ya casi no lo veo por culpa de mi hermana Nicola. Así conocí a Shadrach, por Nicola, cuando compartían apartamento.

Verás, Shadrach vivió en el subsuelo durante los primeros veinticinco años de su vida, y cuando subió, subió al Distrito del Canal. "Un muro de luz", lo llamaba, y enmarcada por esa luz, mi hermana Nicola, que trabajaba de orientadora por aquel entonces para la gente que subía a la superficie. Un muro de luz y mi dulce hermana Nicola, y Shadrach se los comió a los dos. Imagínate: vives en un mundo de oscuridad y neón durante toda tu vida, subes a la superficie y allí está ella, un ángel vestido de blanco, para guiarte, para consolarte. Si tuvieras tiempo, te hablaría de ellos, porque era algo digno de codiciar, su amor, una belleza que se burlaba de los anuncios de cosméticos y de los hologramas de lencería...

Pero bueno, desde que los cargueros espaciales dejaron de chapotear y chocar en los frescos canales

inferiores, el Distrito del Canal se ha convertido en el lugar más moderno de la ciudad. Vete allí alguna vez y piensa en mí, porque no creo que yo vuelva por ahí. La mitad de las tiendas flotan en el agua, así que cuando los barcos que se dirigen al océano entran con la captura y descargan después de la descontaminación, los primeros que eligen son los restaurantes. Todos los Peces Gordos comen allí. Puedes pedir pseudoballena, barrilete, pez luna, lo que quieras. La mayor parte tienen vistas al agua y puedes encontrar *cualquier cosa*: aparatos mecánicos, Arte Vivo y placeres sensuales que te dejarán tembloroso e inconsciente. Todo decorado con una paleta de Colores-Para-Complacer. Atardeceres cortesía de Holo Tinta, así que no tienes que ver el brillo de la contaminación, la bruma del *smog* cenagoso de mierda. Siempre que estaba depre, allí me iba, solo para sentarme y ver cómo pasaban los Gigantes de la Bioindustria y el Arte mientras tomaban sorbitos de sus jarras de alcalino (cosa que no les envidio, las algas podridas nunca han sido santo de mi devoción).

Así que estaba depre, pero depre de verdad (más depre que ahora, sentado en un basurero y echándote un discurso) y quería hablar con Shadrach porque sabía que trabajaba para Quin y quizá se ablandara, se rindiera y *me dijera* lo que quería saber.

Y resultó que me tropecé con Shadrach en una esquina tranquila, lejos de la mirada jaranera y vigilante de la Policía del Canal, que son expertos en mantener el Orden pero nunca terminan de decidir *qué* Orden exactamente, si sabes a lo que me refiero, que lo más probable es que no.

Pero tampoco estábamos solos, vendedores de repuestos y esposas libertinas de conserjes envueltas en joyas, junto con pesados autodocs, autorreparados resplandecientes, todos corrían o paseaban a nuestro lado, cada uno de ellos absorto y absorbiendo su vida.

Shadrach iba en plan moderno, más moderno que nadie, el más moderno de todos, escuchaba el mar que teníamos delante, visible a través de una grieta que había en aquellas paredes altas y casi derrumbadas.

—Hola —dije—. No te veo desde que esos piojosos robapollas hicieron aquella maldad. Me salvaste el pellejo, me lo salvaste.

—Hola, Nick —respondió Shadrach mientras contemplaba los canales.

(¡"Hola, Nick" dice, después de todos los miramientos y condimentos que le había ofrecido!)

Shadrach es un hombre alto, musculoso y bronceado, la nariz aplastada de sus días de mensajero entre ciudades-estado —se lo hicieron los raros— y la boca austera. Lleva ropa pasada de moda, y las sandalias, desde luego, le apestan a antigüedad. Pero él sigue pensando que es un hombre del siglo XXVII, si sabes a lo que me refiero, y una vez más, seguro que no. (Después de todo, *estás* aquí sentado, en un basurero, conmigo.)

—Bueno, ¿y cómo te van las cosas? —dije. Suponía que tendría que arrastrarlo gritando y pataleando hasta donde quería llegar.

—Bien —dijo él—. Pero tú tienes mal aspecto. —No sonrió.

Supongo que es verdad que tenía mal aspecto. Supongo que debía de tenerlo, todavía envuelto en vendas y con un bulto en la cabeza que cualquier geosurfista querría cabalgar.

—Gracias —dije, me preguntaba por qué todas mis palabras, en otro tiempo tan inteligentemente desplegadas para la batalla, me habían abandonado.

—No hay de qué —dijo él.

Me di cuenta de que Shadrach no estaba de humor para hablar. Lo más parecido al humor que tiene el Arte Muerto mientras contemplaba los canales.

Y entonces el milagro: se despertó de su contemplación el tiempo suficiente para decir:

—Podría conseguirte protección. —Y en todo momento me miraba como si yo estuviera muerto, que es la misma mirada, idéntica, que siempre tiene. Pero ahí estaba mi oportunidad.

—Como qué, fullero —dije yo—. ¿Una maldita unidad de policía enterita y engalanada de alcalino y sobornos nuevecitos?

Se encogió de hombros y dijo:

—Solo intento ayudar. Los peces pequeños necesitan un cebo para coger a los peces grandes.

—Como frase no está mal —dije yo. Mentía—. ¿Se te ocurre mientras miras el agua todo el puto día? Lo que necesito es a Quin.

Shadrach bufó y dijo:

—*Estás* desesperado. ¿Una invitación de Quin? —No me miraba a los ojos, los rodeaba, se metía entre ellos—. Quizá dentro de un millón de años habrás conseguido los contactos necesarios —dijo—. El dinero puro y duro y la influencia.

Me giré porque eso me dolió. Me dolía el robo, me dolía el no-ser-capaz-de-vender-arte. La *vida* me dolía. Y era una mierda.

—Para ti es muy fácil, Shadrach —dije yo—. Tú no eres un Artista Vivo. No necesito ninguna invitación. Tú dame la dirección y ya iré yo a rogar un suricato. Lo extra lo hago solo.

Shadrach frunció el ceño y dijo:

—No sabes lo que estás pidiendo, Nicholas. —Creí ver miedo en su rostro, miedo y un rayo de compasión muy poco propio de él—. Te *harán* daño. Te conozco, y conozco a Quin. Quin no está en eso por el Arte Vivo. Está por otras razones completamente diferentes. Cosas que ni siquiera yo sé.

A estas alturas a mí ya me habían empezado a entrar sudores y un calor húmedo me subía por la garganta, y, oye, quizá me había pasado un poco con las drogas de las que bajaba, así que me apoyé en su brazo, tanto para equilibrarme como para cualquier otra cosa.

—Por un amigo —dije yo—. Por Nicola. Necesito un respiro o voy a tener que ir al subsuelo y terminar mis días en un basurero.

(Y mira, ¿dónde estoy hoy? En un basurero. Hablando contigo.)

Meter en esto a mi hermana fue un golpe bajo, sobre todo porque le debía muchísimo dinero, pero recurrir al subsuelo fue aún más bajo. Shadrach todavía tenía pesadillas de cuando vivía en el subsuelo con los tontos y los raros, y el goteo constante del agua que no hacía más que invadir el sistema.

Se me quedó mirando fijamente, con la cara blanca y los nudillos perdiendo color por donde se aferraban

a la barandilla. ¿Veía lo suficiente de Nicola en mí? Eso esperaba.

Pero no soy ningún insensible, cuando lo vi así, con el dolor tan patente como si hubieran roto hace solo un día, me retracté y dije:

—Olvídalo, amigo. Olvídalo. Ya me las arreglaré. Ya me conoces. Todo dabuten.

Shadrach me sostuvo la mirada un poco más, con aquellos ojos grises, inflexibles, y luego suspiró y exhaló el aire de tal modo que se le cayeron los hombros e inclinó la cabeza. Se examinó las sandalias pegadas con la seriedad de un podotécnico.

—Quieres a Quin —dijo—; primero tienes que prometerme que será un secreto... de por vida, y que dios te ayude. Si se sabe que Quin se ve con alguien como tú, habrá un montón de chalados escarbando por toda la ciudad para encontrarlo.

Me dolió lo de *alguien como tú* pero me limité a decir:

—¿Y a quién se lo iba a decir? ¿Yo, que siempre estoy pidiendo prestado para el próximo holograma? La gente me evita. Estoy solo en el mundo. Lo de Quin podría acercarme a la gente.

—Lo sé —dijo, con cierta tristeza, pensé.

—Entonces, dime —dije—: ¿dónde está?

—Tienes que decirle a Quin que vas de mi parte —dijo y luego me señaló con el dedo—, y que todo lo que quieres es comprar un suricato.

—Tan amiguito eres de Quin —dije yo, incrédulo, y un poco más alto de lo conveniente, con lo que una ristra de policías del Canal me miraron como si yo fuera un tarado.

—Baja la voz —dijo Shadrach y luego—: Vete hacia el oeste y baja la escalera mecánica del lateral del canal hasta que veas la farola de Mercado*. Hay un callejón justo antes. Baja por ese callejón. Al final parece que no tiene salida porque hay contenedores de reciclaje y otra basura de los últimos diez siglos. Pero no te engañes, cierra los ojos, es un holograma, y cuando lo atravieses tendrás la tienda de Quin justo delante de ti. Entra directamente.

—Gracias mil, Shadrach —le dije con el corazón latiéndome el triple de rápido—. Le diré a Nicola que le has dedicado un rato.

Abrió mucho los ojos, brillantes ahora, y una sonrisa que desapareció de inmediato le cruzó la cara. Pero yo lo sabía y él sabía que yo lo sabía.

—Ten cuidado —dijo con la voz tan rara que los escalofríos me recorrieron el tiovivo de la espalda. Me estrechó la mano—. Quin es un poco... extraño —dijo—. Cuando todo termine, ven a verme. Y recuerda, Nicholas: no... no regatees con él por el precio que tengas que pagar.

Y luego se fue, con unos pasos largos que se tragaban el suelo, lo alejaban de mí y lo llevaban a los muelles, sin un adiós siquiera ni la oportunidad de darle las gracias, como si yo fuera algo manchado, algo que no servía para nada. Me entristecía. Me enfurecía. Porque yo siempre he dicho que Shadrach estaba Pasado, incluso cuando Nicola salía con él.

Shadrach y Nicola. Yo también he tenido relaciones, pero nunca La Relación. Esos jóvenes amantes, tan

---

* En español en el original. (N. de la T.)

dulces, que pasean por las zonas libres de drogas, esas parejas que se aparean a la sombra de los canales, ellos no saben lo que significa estar desesperadamente enamorados, y quizá ni siquiera Nicola lo sabía. Pero creí que Shadrach se iba a morir cuando lo dejó. Creí que se iba a encoger en un rincón y morir. Debería haber muerto, solo que encontró a Quin y Quin lo resucitó de entre los muertos.